

RICARDO DONOSO.

DON BENJAMÍN
VICUÑA MACKENNA.

Su vida, sus escritos y su tiempo.

1831 - 1886.

(Obra premiada por la Universidad de Chile).



IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado, 63 — Santiago de Chile
1925

«La naturaleza cambia de pronto, junto con los hombres», apunta Vicuña Mackenna en su *Diario*. Es el color local, tan ávidamente buscado por Gautier en sus andanzas por la península. Poco y nada habían cambiado los medios de comunicación en España cuando la recorren rápidamente Vicuña Mackenna y Barros Arana. El coche que lleva a Madrid sale de Bayona. La diligencia es un pesado armatoste, desagradable e incómodo, puesto de moda desde que fué introducido en tiempos de Fernando VII, y en el cual el viajero va sometido a la agria tiranía del conductor o mayoral. ¿Qué sentimientos dominan a don Benjamín al entrar en la península? «En cuanto a mí, escribe en su *Diario*, pisaba aquel suelo con interés y simpatía». Irún le deja la impresión de ser «como cualquier otra aldea de Francia; pero los balcones son de reja, y se ven zapaños y legumbres secando en soberados, lo que recuerda algunas escenas campestres de Chile».

Aquella noche durmieron en San Sebastián, en una fonda de un hermano del mayoral de la diligencia. «Todo fué al estilo de la tierra, apunta Vicuña Mackenna en su *Diario*, el servicio, los cuartos, las camas, etc., que nos hicieron recordar a Curacaví, la posada entre Santiago y Valparaíso». «Dormimos aquella noche en San Sebastián, recordaba aún años después, y seguimos al día siguiente en una diligencia parecida a las célebres galeras que don Quijote solía embestir con su lanza... y recorriendo la agria y varonil Vizcaya, ... llegamos por la noche a Vitoria, capital de Alava». Recorren ligeramente la vieja población, y el 18 están en Bribiesca, «pueblo aislado», feudo del duque de Frías. «A las 11 seguimos el viaje, escribe en su *Diario*, rodeados por un enjambre de mendigos, muy raros en las provincias vascongadas. Entre ellos había un tonto, de memoria prodigiosa, muy superior a la de Diego, que la tiene grande, y que servía de archivo viviente a la población, siendo el registro por el que se calificaban los electores, se hacían las quintas, etc.»

Viajeros acuciosos, dominados por una honda simpatía hacia el viejo solar hispano, Vicuña Mackenna y Barros Arana observan todo con ansiosa curiosidad. «Entrábamos a todas las aldeas del camino», consigna don Benjamín en su dietario. «Comienzan se puede decir allí las llanuras de Castilla la Vieja, escribía recordando su lejano viaje en 1885, por lo cual alquila-

Como
M. Amalito
con listo
na de San
tiago en
la calle

hace ocho meses en completa decadencia, haciendo por consiguiente que las propiedades circunvecinas al cerro adquirieran una alza notable en su valor».

A fines de Abril ve la luz pública una nueva obra: *El Paseo de Santa Lucía. Lo que es y lo que deberá ser. Segunda Memoria de los trabajos ejecutados desde el 10 de Septiembre de 1872 al 15 de Marzo del presente año. Presentada a la Comisión Directiva del Paseo por el intendente de Santiago*. Detallaba en ella el autor de la *Historia de Santiago* las obras terminadas y las por emprender, los materiales empleados y los que debían adquirirse, y señalaba con pasión de padre y minuciosidad de artista las reformas que debían introducirse y el plan a seguirse, que convertirían la árida y desnuda roca en un maravilloso jardín. El plan de Vicuña Mackenna era dar al cerro el aspecto y las características de un castillo medioeval, mitad fortaleza y mitad residencia feudal, con torres, jardines, explanadas, fosos y acueductos. «Ya hemos dicho que el paseo, escribía, está concebido en su conjunto y en sus detalles bajo el punto de vista de una colosal construcción feudal» (1). Aun conserva lo mejor de estas sus características, pero las horrendas y confusas modificaciones que se le han introducido posteriormente, en particular la entrada de estilo versallesco que le da acceso por la Alameda, han contribuído grandemente a desnaturalizarlo de su primitivo y particular aspecto. Se preocupó también Vicuña Mackenna de instalar en el cerro algunas sencillas entretenimientos para los niños, que apenas si contaban entonces con los esparcimientos caseros. «Por fortuna ha empezado a despertarse en la capital, escribía, una saludable tendencia a fin de proporcionar a la niñez, antes ruda, triste y descuidada, entretenimientos agradables e higiénicos. Nosotros nos esforzaremos siempre por desarrollar este espíritu bienhechor, y precisamente el cerro de Santa Lucía es el sitio más adecuado para proporcionar a la infancia ese género de pasatiempos, porque es el más central, el más pintoresco, y al propio tiempo el más higiénico».

Poco a poco la árida y ceñuda roca se fué convirtiendo en el más amable jardín y en el paseo predilecto de los santiaguinos. Sus castillos y adornos, sus rejas y sus jarrones dieron hasta tema a la ingenua musa popular. Por esos días, a principios del 73, un bardo popular decía:

(1) *Segunda Memoria*, pág. 61.